

MIL PASOS AL INTERIOR DE LA NOCHE

TRACI CHEE



Traducción de Marcelo Andrés Manuel Bellon

GRANTRAVESÍA

MIL PASOS AL INTERIOR DE LA NOCHE

Título original: *A Thousand Steps into Night*

© 2022, Traci Chee

Publicado según acuerdo con Clarion Books/HarperCollins
Children's Books, una división de HarperCollins Publishers

Traducción: Marcelo Andrés Manuel Bellon

Ilustración de portada: © 2022, Kotaro Chiba
Diseño de portada: Celeste Knudsen

D.R. © 2023, Editorial Océano, S.L.
Milanesat 21-23, Edificio Océano
08017 Barcelona, España
www.oceano.com
www.grantravesia.es

D.R. © 2023, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas
Talnepantla de Baz, 54080, Estado de México
www.oceano.mx
www.grantravesia.com

Primera edición: 2023

ISBN: 978-84-126697-4-9
Depósito legal: B 14164-2023

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005756010723

PRIMERA PARTE

**LA
JOVEN,
EL AVE Y
LA DEMONIO**



1

LA ALDEA ABANDONADA DE NIHAOI

Hace mucho tiempo, en el noble reino de Awara, donde la creación entera, desde los picos más altos hasta los insectos más bajos, tenían formas tan humanas como divinas, vivía una chica poco notable de nombre Otori Miuko. Hija del dueño de la única posada en la aldea de Nihaoi,¹ Miuko era alguien promedio según todos los criterios imaginables —belleza, inteligencia, circunferencia de sus caderas—, salvo por uno.

Era extraordinariamente ruidosa.

Una vez, cuando tenía dos años, su madre la metió en una de las bañeras de cedro de la posada y entonces Miuko, que no tenía planes de bañarse ese día, gritó tan violentamente que los

¹ *Niha-oi* significa, literalmente, «casi allí». Según la tradición de la aldea, muchos siglos atrás, cuando el Antiguo Camino no era más que un simple sendero, un padre y su hijo viajaban hacia la ciudad cercana. El hijo, cada vez más impaciente por la duración del viaje, no paraba de preguntar: «¿Dónde estamos, padre? ¿Dónde estamos?», y el padre, cada vez más impaciente por las incesantes preguntas del hijo, no paraba de responder: «*Nihaoi. Nihaoi*». Casi allí. Casi allí. Se dice que el hijo, tiempo después, regresó a fundar la aldea como una parada de descanso para los viajeros, y la nombró «Nihaoi» en honor de su padre.

cimientos temblaron, las campanas retumbaron en el templo cercano y un trozo respetable del puente en ruinas que cruzaba el río a casi medio kilómetro de distancia soltó un gemido horrorizado y se deslizó, desfallecido, hacia el agua.

Fue una mera coincidencia. Miuko no había sido, de hecho, la causa de un terremoto (al menos, no en esta ocasión), pero varios de los sacerdotes, al enterarse de las peculiares facultades vocales de la niña, se apresuraron a exorcizarla por si acaso. Sin embargo, no importaron los hechizos que entonaron ni el incienso que quemaron, al final se decepcionaron al descubrir que ella no estaba, en realidad, poseída. En lugar de un demonio, lo que sus padres tenían en sus manos era tan sólo una criatura ruidosa. Peor aún, una niña ruidosa.

Entre otras cosas, se esperaba que las niñas de la clase sirviente —y, de hecho, las niñas de todas las clases en Awara—, tuvieran una voz suave y buenos modales, que fueran atractivas, encantadoras, obedientes, elegantes, dóciles, complacientes, serviciales, indefensas y, en todos los aspectos, más débiles física y mentalmente que los hombres. Por desgracia para Miuko, ella contaba con muy pocas de estas cualidades y, como resultado, a los diecisiete años ya había descubierto que no sólo era capaz de aterrorizar a un hombre con el solo poder de su voz, sino que también tenía lamentables inclinaciones a derramar el té sobre sus invitados, a patear y agujerear por accidente los biombos de papel arroz y a decir lo que pensaba, sin importar si se la invitaba o no a hacerlo.

Su padre, Rohiro, tenía la delicadeza de nunca mencionarlo —y su madre los había abandonado a ambos mucho tiempo antes de que esto tuviera importancia—, pero Miuko sabía que era su deber como hija única atraer a un marido,

dar a luz a un hijo y asegurar el legado de su padre al pasar la posada familiar a las futuras generaciones. Con los años, ella aprendió a esconder sus opiniones detrás de una sonrisa, y sus expresiones detrás de sus mangas; sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, no se adaptaba a ser una chica de la clase trabajadora. Simplemente, era demasiado visible y, para ser franca, eso la hacía poco atractiva como sirvienta y como mujer.

Con pocas perspectivas, entonces, Miuko dedicó con fervor sus días al mantenimiento de la posada de su padre. Al igual que el resto de Nihaoi, la posada estaba deteriorada. El techo necesitaba cubrirse de paja. Las esteras necesitaban remiendos. Ella y Rohiro reparaban cuanto podían, y si no podían reparar algo, prescindían de eso. En general, era una vida tranquila, y Miuko no se sentía (o eso se decía ella) insatisfecha.

Todo cambió, sin embargo, el día que dejó caer la última taza de té.

Era una tarde a finales de agosto, y no parecía estar pasando nada fuera de lo común. En el templo de la aldea, los sacerdotes meditaban sentados con las piernas cruzadas, con mayor o menor éxito, según el orden del cosmos. En la casa del té, el propietario pesaba jazmines secos con unidades de bronce con forma de mariposas emperador. En la posada, una taza de té resbaló de los dedos de Miuko cuando la estaba guardando y se hizo pedazos en el suelo.

Miuko suspiró. A lo largo de los años, había dañado cada una de las tazas del juego. Estaban las que se le habían caído, las que había desportillado al limpiarlas, las que había hecho galopar sobre las piedras del patio, jugando a que eran ponis (pero de eso ya habían pasado diez años). Al ser de cerámica,

las tazas de té eran nerviosas por naturaleza, pero la torpeza de Miuko había aumentado tanto su ansiedad que parecía que lo único que tenía que hacer era mirarlas para que se rompieran.

Dado que las únicas tazas que quedaban estaban desportilladas o ya habían sido reparadas con pegamento, Rohiro determinó que finalmente había llegado el momento de sustituirlas. Lo normal habría sido que él mismo caminara el kilómetro y medio hasta la alfarería, pero como se estaba recuperando de un pie roto, se decidió que se quedaría en la posada para atender al único huésped que habían tenido en toda la semana —un misántropo criador de gusanos de seda con un solo brazo—, mientras Miuko era enviada a recoger las tazas de té.

La joven cogió una sombrilla y salió con entusiasmo de la posada. Dado que era una chica, se suponía que la debía acompañar un pariente masculino cada vez que salía, pero, debido a la ausencia de su madre y al estado de deterioro de la posada, su padre era ciertamente permisivo con respecto a esta costumbre, por lo que a Miuko ya antes se le había permitido salir sola para recoger té de la casa de té o huevos de uno de los granjeros que todavía quedaban. Sin embargo, estas encomiendas siempre se habían limitado a la aldea y la perspectiva de aventurarse tan lejos, hasta el horno, mucho más allá de los bordes de Nihaoi, la llenaba de un vértigo que no conseguía reprimir del todo.

Rohiro, un hombre apuesto y de anchos hombros, observó a Miuko desde la puerta. La madre de la chica solía decir que Otori Rohiro era más guapo de lo que un hombre en una aldea en decadencia tenía derecho, y a menudo lo decía al pasar los dedos por el espeso cabello negro de su esposo o al

contar las arrugas que su sonrisa dibujaba en los extremos de sus ojos.

No es que Miuko lo recordara muy claramente.

—Al alfarero no le va a gustar —murmuró Rohiro, preocupado.

En opinión de Miuko, el habitual murmullo de su padre atenuaba de alguna manera el efecto de su buena apariencia, ya que ella pensaba que lo hacía parecer mayor de sus cuarenta y tres años. Él había perdido la mitad de su audición de niño: se encontraba nadando en el río Ozotso cuando un ávido *geriigi*² lo succionó de su cráneo como si se tratara de la yema de un huevo, lo cual hizo que perdiera la noción de lo alto o bajo de su voz cuando hablaba.

—¿No le va a gustar el qué? —preguntó Miuko—. ¿Que no podremos pagarle hasta que el criador de gusanos de seda deje la posada o que llegue una chica sin la compañía de un hombre?

—¡Ambas!

Ella se encogió de hombros.

—Tendrá que lidiar con esto.

—Suenas como tu madre —la sonrisa de su padre se volvió lánguida, como pasaba cada vez que pensaba en su esposa (guapa, según decían todos, pero completamente incapaz de doblegarse)—. Cada día te pareces más a ella.

² **Geri-igi** significa, literalmente, «dedo que agarra». Se trata de un demonio de extremidades delgadas que habita bajo el agua. Según los relatos, los *geriigisu* acechan a lo largo de los fondos fangosos de los ríos y en lagos poco profundos, donde se lanzan directos hacia los tobillos de los nadadores incautos y los arrastran a las profundidades para ahogarlos o, como en el caso de Otori Rohiro, robarles la audición.

Muy a su pesar, Miuko hizo una mueca.

—¡No lo permitan los dioses!

Su padre frunció el ceño, aunque sus ojos eran demasiado suaves para ello. En lugar de mostrarse enfadado, como otros padres, su ceño sólo le daba un aire triste... o, en el mejor de los casos, calladamente decepcionado, lo cual era infinitamente peor, como todos saben.

—Podrías convertirte en algo peor que tu madre, ¿sabes? —dijo.

—Ciertamente —las palabras salieron volando de su boca antes de que pudiera detenerlas—. Podría convertirme en una demonio.

Su padre se quedó en silencio, con el rostro contraído por la tristeza.

Miuko maldijo en su interior su lengua recalcitrante. Algunas veces, en contra de las conclusiones de los sacerdotes, estaba segura de que estaba poseída, pues ninguna otra chica que conociera soltaba cada comentario que pasaba por su cabeza.

—Lo siento, padre —hizo una profunda reverencia. Por más ruidosa y obstinada que fuera, no tenía ningún deseo de causar dolor a su padre—. Por favor, perdóname.

Con un suspiro, él se inclinó hacia ella y la besó en la parte superior de su cabeza, de la misma manera en que lo había hecho desde que era una bebé.

—Eres mi única hija. Todo ya está perdonado.

Ella lo miró con ironía.

—Y si tuvieras otra hija, ¿serías más rencoroso?

Con una risita, él la empujó hacia el Antiguo Camino.

—¡Fuera de aquí ahora! Y date prisa. Nadie está a salvo a la hora límite.

Al atravesar el jardín delantero, Miuko estuvo cerca de mutilar los arbustos de camelia con la punta de su sombrilla.

—¡Falta más de una hora para que anochezca! —replicó.

—Mejor no correr riesgos —respondió él—. El primo de mi tío abuelo conoció alguna vez a un guerrero que fue sorprendido fuera al anoecer y regresó a casa con la cabeza hacia atrás.

—¿Qué? —dijo ella, riendo.

Rohiro sacudió la cabeza.

—Fue terrible. Primero, su esposa lo dejó, luego se rompió las dos piernas tratando de encontrarla. Al final, intentó cortarse la garganta, pero no pudo encontrar el ángulo correcto...

Miuko pensó que la partida de la esposa debería haberle dejado muy claro a su marido que no quería ser perseguida, pero conocía demasiado bien a su padre para saber que le respondería que ésa no era la cuestión.

La cuestión, por supuesto, era ésta: era más seguro estar dentro de las fronteras humanas al amanecer y al atardecer, cuando el velo entre Ada y Ana —el mundo de los mortales y el de los espíritus— era más delgado. La madre de Miuko siempre había sido particularmente cautelosa con las horas límite, porque era en esos momentos en que los demonios atacaban a los viajeros por sus untuosos y mantecosos hígados, los guls aparecían en los espejos para robar rostros humanos y los fantasmas se deslizaban desde las puertas para retorcer el cuello de los desprevenidos caminantes que pasaran debajo.

Tan supersticiosa era la madre de Miuko que se negaba a cruzar un umbral durante el amanecer o el atardecer. Mantenía muñecas de espíritu en las vigas, escribía bendiciones para las arañas que tejían sus redes en las bañeras, dejaba

cáscaras de huevo trituradas para los *tachanagri*³ que vivían en las paredes de la posada.

Por otro lado, también había robado un caballo y cabalgado en la oscuridad una tarde, cuando se suponía que iría a buscar agua para la tetera, dejando a Miuko, con nueve años, y a su padre sentados a la mesa, viendo cómo se enfriaba el arroz.

Como su madre había preferido desafiar la hora del crepúsculo antes que pasar un segundo más con su familia, Miuko sospechaba, con cierta amargura, que quizá su madre no había sido tan supersticiosa, después de todo.

—Estaré de regreso antes de la puesta de sol —le aseguró Miuko a su padre.

—¿Con todas las tazas de té intactas?

—¡No prometo nada! —hizo otra reverencia, salió del jardín delantero y se puso en marcha a través de la aldea, rebotando en cada paso. Caminó frente a tiendas vacías y casas en ruinas, y observó las puertas que se habían salido de sus marcos y los ratones que se escabullían por las hendiduras de los cimientos como pequeños duendes violeta de la suerte. Para cualquier otra persona, el aspecto de la aldea podría haber sido motivo de alarma, pero para Miuko, que sólo había conocido tal deterioro, era bonito en su cotidianidad.

El suspiro de las tablas del suelo hundiéndose en la tierra.

El lento arrastre de las enredaderas derribando un muro.

³ *Tacha-nagri* significa, literalmente, «duende de los árboles». En Awara, se dice que los *tachanagrisu* son pequeñas criaturas de piel verde que rara vez son vistas, a menos que sus árboles sean derribados y se utilicen como madera, momento en que sus afilados rasgos se vuelven visibles para el ojo perspicaz, entre las finas espirales de la madera.

En el centro de la aldea, Miuko corrió por el maltratado camino de grava conocido como el Antiguo Camino, que en años pasados había servido como ruta principal hacia Udaiwa, la capital de Awara. En la antigüedad, Nihaoi, a sólo media jornada de viaje de la ciudad, había atendido a viajeros de todo tipo: nobles y sus vasallos, monjes libidinosos, mendigos, compañías de circo que presumían de coléricos adivinos y espíritus de mapaches bailarines y, al menos en cuatro ocasiones, mujeres solteras.

Casi trescientos años atrás, en las postrimerías de la Era de las Cinco Espadas, el entonces *yotokai*,⁴ el oficial militar de más alto rango en Awara —segundo en autoridad, después del propio emperador, y, a todos los efectos, el verdadero soberano gobernante— había ordenado la construcción de los Grandes Caminos para unificar el reino. En los siglos posteriores, el tránsito por el Antiguo Camino había disminuido, y Nihaoi había entrado en un sostenido periodo de declive: las tabernas cerraron; los dueños de establos, los zapateros y los comerciantes se vieron obligados a abandonar sus negocios; los agricultores dejaron sus campos sin sembrar y se pudrieron; los emisarios de gobierno, que alguna vez habían sido ricos y complacientes en sus finos pabellones, se trasladaron a otros puestos más prometedores.

Desde entonces, nada en Nihaoi se había salvado del toque de la decadencia: ni las tiendas, ni el templo, que albergaba a cuatro lúgubres sacerdotes, ni siquiera la puerta de los espíritus, que marcaba el límite de la aldea. Generaciones de insectos habían dejado sus túneles a lo largo de los pilares,

⁴ *Yoto-kai* significa, literalmente, «comandante» o, en términos más poéticos, «aquel que señala el camino».

formando retorcidos laberintos bajo la pintura bermellón descascarillada. Los líquenes se pegaban a las vigas. Los grabados, que debían ser pintados cada año con tinta índigo sagrada para renovar su magia protectora, se habían desvanecido hasta adquirir un tono tan tenue como ineficaz.

Aunque intentaba no hacerlo, Miuko no pudo evitar pensar en su madre cuando se acercó a la puerta. Había hecho suficiente escándalo para esta diminuta aldea, e incluso los rumores sobre cómo la esposa de Otori Rohiro era, en realidad, una *tskegaira*⁵ —una esposa espíritu— que había adquirido forma humana para atraer a los mortales al matrimonio. Aun cuando Miuko no creía en tales cosas, *per se*, no podía evitar pensar que, en efecto, había habido algo extraño y salvaje en su madre, algo que ahora corría por sus propias venas como un enérgico torrente o un viento del sur.

Aunque intentaba no hacerlo, no podía evitar preguntarse qué aspecto tenía su madre montada en aquel caballo robado, con las crines y la cola fluyendo oscuras como un río en medio de la noche. ¿Su madre habría mirado atrás al menos una única vez, con su ovalado rostro pálido como la luna, antes de salir disparada hacia la triste y salvaje campiña como una guerrera

⁵ *Tske-gai-ra* significa, literalmente, «amor no duradero» o, para decirlo más poéticamente, «ella te querrá, pero no por mucho tiempo». En Awará, los *tskegairasu* podían ser cualquier número de espíritus, incluyendo los de los zorros, gorriones, grullas y serpientes, y no siempre eran esposas, ya que hay varios relatos raros en los que se habla también de esposos espíritu. Aunque los relatos varían enormemente, hay dos características que definen a las esposas espíritu: primero, un humano las desposa después de que adquieran forma humana; segundo, de una forma u otra, siempre se van.

de algún antiguo relato o una reina de la sombra y la luz de las estrellas?

¡Qué melodramática! Enfadada consigo misma, Miuko pateó una piedra y la mandó repiqueteando hasta que se estrelló con un peñasco cercano con un *¡clac!* que resonó a través de la aldea en ruinas.

No importaba qué aspecto había tenido su madre, si había dudado o no, porque el resultado al final era el mismo: había partido. Miuko y su padre habían sido abandonados, igual que el resto de Nihaoi.

Los límites de la aldea ya se habían estrechado una vez desde que la madre de Miuko se había ido, cuando los negocios se fueron a la quiebra y las familias salieron en busca de circunstancias más prósperas, pero el alfarero se había negado rotundamente a reubicarse, ya que tanto él como su esposa afirmaban que el espíritu de su hijo muerto seguía rondando el horno. Tal vez el niño había roto algún jarrón o urna ceremonial, pero en términos generales, seguía siendo un chico parlanchín y bondadoso, y ninguno de los dos estaba dispuesto a sacrificar su feliz familia por algo tan frívolo como la seguridad.

En general, esta situación tenía pocos inconvenientes, pues a la luz del día una distancia de kilómetro y medio en el Antiguo Camino, que no tenía el tráfico necesario para atraer a tipos desagradables, como bandoleros y monstruos voraces, apenas representaba un peligro. De hecho, Miuko disfrutaba de la oportunidad de estirar las piernas y, dado que aún faltaba una hora para el anochecer, no tenía razón alguna para preocuparse.

Caminó alegremente más allá de la puerta de la aldea, a lo largo del Antiguo Camino, que serpenteaba a través de los campos abandonados. Durante la Era de las Cinco Espadas,

estas llanuras habían sido el escenario de una gran batalla, cuando el poderoso Clan Ogawa había cabalgado hacia Udaiwa —fortaleza de sus enemigos, los Omaizi— y fue masacrado en los campos. Cuando era niña, Miuko había anhelado cavar entre los surcos con los chicos de su edad para desenterrar puntas de flecha oxidadas y trozos de lámina de armadura, pero el decoro se lo había impedido. Y después de escuchar una serie de historias espeluznantes sobre fantasmas guerreros que surgían de la tierra, había decidido que tal vez era mejor quedarse a jugar dentro de casa.

Balanceando su sombrilla, Miuko avanzó a través del destartalado puente que cruzaba el río Ozotso, una serpiente de color esmeralda que siseaba y centelleaba a lo largo de sus empinadas orillas en su zigzagueante paso hacia la capital. En otro tiempo, el puente había sido lo suficientemente ancho para que pasaran cómodamente dos carruajes, pero el terremoto que había acompañado al infame berrinche de Miuko había acabado con eso. Ahora, con sus vigas medio podridas y un enorme agujero del lado del río, el puente apenas era lo suficientemente ancho para un solo caballo.

Mientras cruzaba, una urraca solitaria surcó el cielo con un medallón dorado colgando del pico.

Era un mal presagio, que Miuko no vio.

Entonces, entre la maleza de las descuidadas zanjas, un insecto chirrió once veces y se detuvo.

Un presagio de desgracia, que Miuko no oyó.

Finalmente, un viento helado sopló sobre los campos vacíos, arrastrando las hojas muertas en el camino de Miuko para puntualizar un mensaje de fatalidad.

Si hubiera prestado más atención a las historias de su madre, tal vez Miuko hubiera sabido que, antes de una terrible

calamidad, el mundo a menudo se llena de advertencias y oportunidades para cambiar el destino. Pero a ella no le gustaban las historias y, desde la abrupta partida de su madre, se había esforzado por evitarlas, por lo que no vio las señales; o, si las vio, se dijo a sí misma que no significaban nada. Era una joven sencilla, con la cabeza bien puesta sobre los hombros, demasiado sensible para preocuparse por algo que no fuera el aspecto de las nubes, que parecía como si se fueran a disolver, al fin y al cabo.

Si *hubiera* prestado más atención, quizá se podría haber salvado de una gran cantidad de problemas al volver rápidamente por donde había venido, aunque (sin que ella lo supiera) hacerlo habría tenido las mismas posibilidades de provocar un cataclismo tan veloz y absoluto que ni la aldea abandonada de Nihaoi habría escapado.

En cualquier caso, ella siguió caminando.